

Yo leo los clásicos

TOM SAWIYER

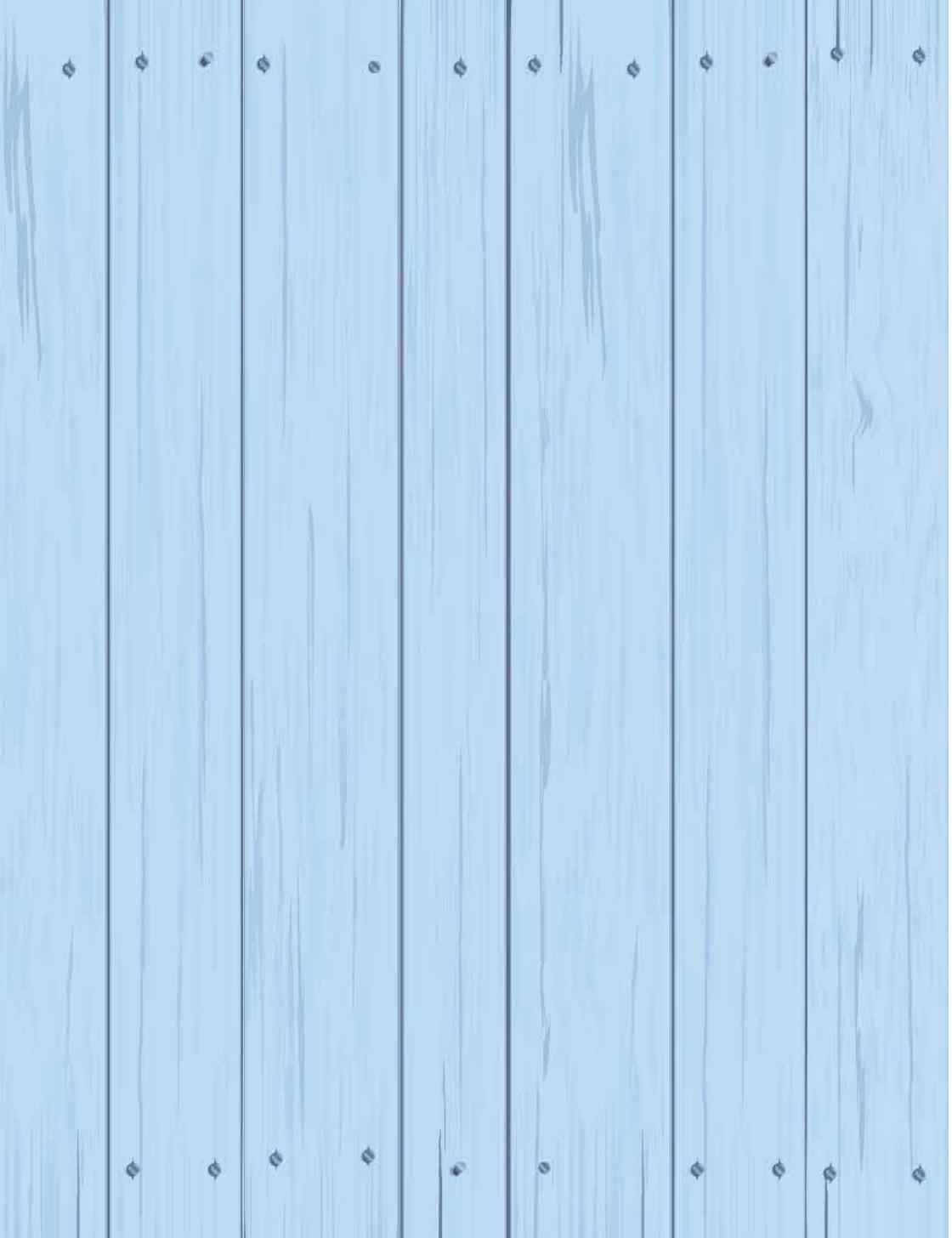


El final de Joe el indio

Basado en la novela de
Mark Twain

Adaptación de Maya Saenz

LAROUSSE



1

El drama

Es un caluroso día de verano en San Peterburgo. Becky y Tom viajan sentados en el asiento trasero del carruaje de Jim, charlando tranquilamente.

—Gracias por traerme a pasear por aquí, Tom. No me conozco muy bien esta parte del pueblo —dice la pequeña.

—¿En serio? ¿Sabías que un poco más para allá, pasando aquellos árboles, hay una casa encantada? —le cuenta Tom.

—¿Ah, sí? ¿Y si bajamos a verla? —propone Becky.

¡Qué buena idea! Tom está emocionado.

—¡Jim! Vamos a bajar aquí. ¡Gracias!

El carruaje frena y los niños se bajan de un salto. Luego se adentran en el bosquecillo que bordea el camino. No tardan en llegar a un claro en medio del que hay una casa en ruinas. La techumbre está llena de agujeros y tiene muros derruidos. El edificio está a punto de venirse abajo.

—¡Es evidente! ¡Aquí hay fantasmas! —exclama Becky—. ¿No crees en los fantasmas, Tom?

El chico se encoge de hombros.

—Bueno... no me dan miedo. Seguro que solo salen por la noche. Tendré que volver más tarde para ver si están ahí.

—Eso sería muy valiente por tu parte —le dice Becky con admiración.

El corazón de Tom se hincha. Lo haría todo para maravillar a su amiga.



—Vendré esta noche, y ya te explicaré mañana lo que haya visto, ¿vale? —le promete.

Los niños se alejan de la casa. Al salir del bosque, llegan a la puerta del cementerio, donde se está celebrando un entierro. Hay un grupo de personas reunidas alrededor de un ataúd y el cura está recitando una plegaria por el difunto.

—No me gustan los entierros. Son tan tristes...
—murmura Becky.

Después, los dos amigos separan sus caminos en el pueblo y cada uno se va a su casa.

Por la tarde, Tom va a visitar a Huck. El chico tiene una idea rondándole la cabeza.

—¿Qué tal, Tom? Te veo raro...

—Es que le he prometido una cosa a Becky hace un rato —comienza a contarle subiendo las escaleras que dan a la cabaña. Y, aunque sé que soy capaz de cumplirla solo, me gustaría que vinieses conmigo...



—Explícate mejor, Tom —le pide Huck.

Enseguida se da cuenta de que el problema es que Tom se ha hecho el valiente delante de Becky y de que, en realidad, le da miedo entrar solo a la casa encantada.

—Venga, vale. Pues nos vemos en la puerta de tu casa esta noche —concluye Huck con una pizca de malicia.

No cabe duda, Tom siempre puede contar con Huck.

Más tarde, mientras toda la familia duerme, Tom se escapa por la ventana de su habitación y se reúne con Huck, con quien se adentra en el bosque en dirección a la casa encantada. Es noche cerrada y no se ve nada.

De repente, al pasar por la puerta del cementerio, Tom abre unos ojos como platos.

—Huck... Mira allí... —balbucea Tom— Son... ¡son fantasmas!

A lo lejos, unas luces blancas se mueven en la penumbra ante la mirada de los chicos. Las luces se mueven despacio acercándose hacia donde están Tom y Huck. Sin decir nada, los chicos se esconden detrás de un matorral. Por mero acto reflejo, cierran los ojos y se hacen un ovillo en el suelo. Pero Tom intenta poner la oreja.

—¿Lo oyes, Huck? ¡Son voces!

—Es verdad —contesta su amigo abriendo los ojos con prudencia.

Los chicos se levantan del suelo y ven que esas luces no son fantasmas, sino tres hombres con linternas.

Estos cruzan la valla del cementerio y se quedan muy cerca de Tom y Huck.

—¡Espera! Reconozco la voz de Muff Potter y la de... ¡Joe el indio! —susurra Tom.

—Ay, no, él no... —murmura Huck, atemorizado—. ¿Y el otro quién es?



Las siluetas se detienen delante de una tumba.

—¡Pero si es la tumba del hombre al que han enterrado esta mañana! —exclama Tom en voz baja. ¿Qué estarán tramando?

La luz de una de las linternas alumbró por fin la cara del tercer hombre.

Es el doctor Robinson, un joven médico que acaba de llegar al pueblo.

—¡Venga, daos prisa! ¡Hay que hacerlo ya! —les ordena a Muff y a Joe.

Los otros dos obedecen refunfuñando.

Media hora más tarde, y con mucha dificultad, los dos hombres consiguen sacar de la tierra un pesado ataúd de madera.

—Perfecto. Ahora cargadlo en el carro —les ordena el doctor Robinson con voz firme.

—Ay, no. Yo necesito un descanso —contesta Muff sudando.

—¡De eso nada, pedazo de holgazán! Hay que terminar con esto antes de que salga el sol. ¡Levanta, a trabajar! —le urge el médico.

Joe no dice nada, pero frunce el ceño.

—Entonces serán cinco dólares más —responde Muff.

—No, diez dólares más —añade Joe.

—¿Qué bicho os ha picado? ¡Eso no es lo que habíamos negociado! —grita el doctor Robinson—. ¡No os voy a pagar ni un céntimo más, ladrones!



Entonces, tira al suelo de un empujón a Muff. El hombre se desploma y se le cae un cuchillo del bolsillo. Joe se le acerca, amenazante.

—¿Está usted seguro, doctor? —le pregunta Joe con una sonrisa maliciosa en los labios.

—¡Y tanto! Porque, si no hacéis lo que os digo... ¡te denunciaré, Joe! Y puedo contarle muchas cosas de ti al sheriff... —responde sin inmutarse.

Joe el indio se queda desconcertado. Parece que el médico sabe muchas cosas sobre él. Así que decide recular.

—Pues no se hable más —murmura Joe el indio.

—Eso es, mucho mejor así —responde el doctor Robinson.

Pero Muff no ha dicho su última palabra. No le ha gustado cómo lo ha tratado y, bajo los efectos del alcohol, se le tira encima.

Los hombres forcejean, pero es el doctor Robinson el que acaba aplacando a Muff contra el suelo. El médico se levanta de espaldas a Joe el indio, que se le acerca de puntillas por detrás.

—¡No! —exclama Tom, todavía escondido.

Joe lleva en la mano algo con filo que brilla. Al médico no le da tiempo a darse la vuelta. Joe lo apuñala varias veces por la espalda con un cuchillo afilado. El doctor Robinson cae con todo su peso sobre Muff, que sigue inconsciente.

—Ya está. Ahora ya no podrás contar nada a nadie —dice Joe el indio.

Los chicos, que han presenciado la escena, se quedan en shock, como paralizados.

En un momento, Joe deja el cuchillo en la mano de Muff. Después, va a sentarse tranquilamente en un rincón del cementerio. «Qué suerte he tenido de encontrar el cuchillo de Muff en el suelo. ¡Era el arma perfecta!», murmura para sí.

Al cabo de unos minutos, Muff recobra la consciencia. Al descubrir el cuchillo ensangren-





tado y el cuerpo sin vida del doctor Robinson, la confusión se apodera de él.

—¡No puede ser, Joe! ¡Yo no he podido hacer algo así! Por favor, prométeme que no le dirás nada a nadie... ¡Si no, mi vida habrá terminado! —le suplica Muff entre llantos.

Joe el indio ni siquiera intenta consolar a su supuesto amigo. Se limita a contestarle con frialdad.